

EXPOSICIÓN DEL DIPUTADO GUILLERMO ESTEVEZ BOERO AL CUMPLIRSE EL PRIMER ANIVERSARIO DEL ATENTADO A LA EMBAJADA DEL ESTADO DE ISRAEL

17 DE MARZO DE 1993

Señor Presidente

En nombre del bloque de la Unidad Socialista - Honestidad, Trabajo y Eficiencia, deseo expresar que un año atrás una terrible explosión y una dramática nube de polvo, que se elevaba sobre las ruinas de la embajada del Estado de Israel, anunciaban a nuestro país que había llegado el terrorismo internacional. Esto convirtió a la esquina de Suipacha y Arroyo en una trágica postal de la pobre Beirut, y fue seguido por las condenas de todos los sectores, las marchas y las expresiones de solidaridad con los representantes del Estado de Israel. Pero también debemos decir que, desde hace un año -en la época de la tecnología de punta a la que se aludía en este recinto- no se ha avanzado absolutamente nada en la individualización de los responsables de este atentado gigantesco, que no se ha concretado ni con una navaja ni con diez gramos de explosivos.

En la historia contemporánea no es ésta la primera vez que quedan sin esclarecer grandes crímenes del terrorismo. Entonces, algunos pensamos que en este mundo los más poderosos -quienes manejan la tecnología-, entre encuentros y desencuentros de inteligencia, tienen un doble discurso frente al fenómeno del terrorismo. Por un lado están las convenciones, las condenas y las resoluciones y, por otro lado, en el mundo de los hechos, en el drama de la muerte y de la confrontación como estilo de vida surge la utilización de la patología del terror en beneficio de un interés o de otro.

Nosotros debemos condenar esta actitud. También debemos condenar la actitud que dilata el incendio que hoy se desarrolla en los Balcanes. Ante la pasividad, la indiferencia y la indecisión de tácticas y estrategias, la confrontación del terror cobra más víctimas cada día. Alguien sopla la llama para un lado y alguien la sopla para el otro. Cada uno cree que puede sacar una ventaja de esa llama, sin recordar la historia, que nos señala que esa llama costó a la humanidad el holocausto más grande de todos los tiempos y la muerte más masiva de hombres, mujeres y niños.

Por eso comparto la valoración del señor diputado Baglini, que coincide con un artículo que apareció el otro día en un diario europeo, donde se analizaba este fenómeno del renacimiento del racismo y el problema de la responsabilidad social ante la discriminación. Se señalaba el hecho que centenares de cabezas rapadas producen hechos de discriminación y miles de personas los contemplan en silencio y, muchas veces, esos miles los aplauden.

Por eso no sólo debemos buscar las raíces del terror y la discriminación en la pobreza, en la crisis y en las situaciones críticas de la comunidad, sino que también debemos señalar la responsabilidad de cada uno de nosotros de convivir con la discriminación sin condenarla en cada momento y en cada lugar cuanto ésta se produce. Asimismo, debemos tener cuidado de no alentar en el fondo de nuestros corazones sentimientos de discriminación, porque allí anidan las raíces culturales del terror.

En este sentido, debemos trabajar para educar en el pluralismo cultural que nos exige un mundo cada vez más interrelacionado y donde las migraciones se producen en mayor medida. Ello nos exige formarnos en el pluralismo cultural, como una forma de la convivencia, de la paz y del consenso en las diferencias, a través del diálogo y de pensar que siempre el otro tiene una parte de razón y que la verdad se encuentra en la suma y en la síntesis de todas las razones.

Hemos visto con dramatismo que entre las víctimas de este terrible atentado que se ha consumado, sobre el que todavía no tenemos indicios de responsabilidad, hay niños y adultos, judíos y no judíos, creyentes y no creyentes; hay transeúntes. Este cuadro de todas las víctimas nos demuestra que el terror y la discriminación no atentan contra un pueblo ni contra una religión, sino que atentan contra todas las religiones, todos los pueblos y todas las formas de pensar, porque son contrarios a la vida.

Creo que el mejor homenaje que podemos rendir a las víctimas, los hombres y mujeres argentinos que tenemos la responsabilidad de gobernar, es introducir en todos los niveles de enseñanza y difundir a

través de los medios de comunicación un mensaje permanente de formación contra la discriminación, contra el absolutismo, contra los iluminados y contra todos los que creen que monopolizan la verdad en cualquiera de sus aspectos, porque esas son semillas de odio y de muerte que debemos sacar de los corazones de nuestro niños, ya que ellos son nuestro futuro.

Si procediéramos así, mediante el uso de los resortes institucionales que están a nuestro alcance, estaríamos reparando en cierta medida que nos toca de responsabilidad por el terrible drama acontecido hace un año en las calles de Buenos Aires.